

## Memoria sobre las causas, naturaleza y curación de los cotos en Santafé

Trabajo publicado en 1797, por Vicente Gil de Tejada (\*)

Debemos a la acuciosidad del doctor Alonso Gutiérrez Uribe la posibilidad de reimprimir hoy en nuestra revista esta joya histórica y médica que es la "Memoria sobre las causas, naturaleza y curación de los cotos en Santafé", por el doctor Vicente Gil de Tejada. Joya histórica porque es una de las primeras monografías científicas escritas y publicadas en nuestro país por un médico natural de estas tierras y joya médica porque representa el primer aporte original al campo de la medicina.

El doctor Gil Tejada, nombre casi olvidado por nuestros médicos, fue uno de los grandes precursores de la medicina en nuestro país y uno de los iniciadores de la enseñanza científica de esta ciencia en los albores del siglo XIX. Había nacido en Buga, en donde realizó sus primeros estudios bajo la dirección del Padre Miguel Ortiz. Estudió lenguas y posteriormente jurisprudencia y teología. Ingresó al Convento de los Hospitalarios de San Juan de Dios con ánimo de hacerse sacerdote y en el Hospital de Santafé recibió las primeras enseñanzas de medicina del Padre Miguel de Isla, meritorio fundador de la enseñanza médica en el país. Ejerció la medicina en esta ciudad y de su talento, ciencia y observación nos da idea este trabajo que publicó en 1797. Fundada la cátedra de medicina del Colegio del Rosario en 1802, y aunque tenía una larga experiencia empírica, se matriculó entre los primeros alumnos y en 1804 es nombrado pasante o Vice-catedrático en atención a su vasta preparación y experiencia. Obtiene el grado de doctor en medicina el 23 de junio de 1806. Después del fallecimiento del Padre Isla, es nombrado Real Catedrático de Medicina en el Rosario y desempeñó este cargo hasta que estalló la revolución de 1810.

---

(\*) Por la recopilación, doctor Alonso Gutiérrez Uribe, miembro fundador de la Sociedad Colombiana de Endocrinología.



En ejercicio de él continuó los cursos iniciados por Isla, inició las clases prácticas de Clínica en el Hospital y aliccionó gran número de discípulos, entre los cuales se contaron José Fernández Madrid, futuro Presidente de las Provincias Unidas, José Félix Méridalze y Benito Osorio. No comulgaba con las ideas de los patriotas y por tal motivo se retiró a Venezuela, en donde falleció años después.

Habiéndose iniciado la imprenta en Santafé en 1738, la bibliografía médica solamente se inicia en 1782 con el "Método general para curar las viruelas", por don José Celestino Mutis, primera publicación científica en el país. Y antes de la Memoria del doctor Gil de Tejada sólo existen noticias de los siguientes escritos: "Instrucciones sobre las precauciones que deben observarse en la práctica de la inoculación de las viruelas", publicación oficial en 1783; en el "Papel Periódico de Santafé de Bogotá" (número 137, 1794), de don Manuel del Socorro Rodríguez apareció un artículo anónimo titulado: "Reflexiones sobre la enfermedad que vulgarmente se llama COTO", que en realidad antecede a la de Gil de Tejada sobre el tema. En el mismo periódico en 1795 fueron publicados dos artículos: "Muerte por asfixia" por el doctor Moya (?) y "Reflexiones sobre el origen de comunes enfermedades que pueblan este Reino", anónimo. En el mismo periódico apareció muy posiblemente la Memoria del doctor Gil de Tejada. (Eduardo Posada, Bibliografía Bogotana).

El tema del coto interesó extraordinariamente a nuestros primeros médicos, como se puede ver en el hecho de que de las cinco primeras publicaciones médicas hechas en el país, dos se hayan referido a esta enfermedad, la cual alarmaba por su frecuencia, preocupando la atención de estadistas y científicos. Especialmente en Santafé de Bogotá era muy frecuente y el sabio Caldas no vacilaba en afirmar que si la epidemia seguía avanzando en la proporción que se veía, al cabo de pocos años esta capital sería una población de cotudos. Además del doctor Gil de Tejada, su discípulo el doctor Fernández Madrid publicó en 1808 una Memoria sobre esta enfermedad. Y desde entonces se preocuparon los hombres de ciencia por buscar un medicamento útil para combatir el bocio. En "El Semanario" de Caldas se preconizó en 1809 una sal especial, llamada "sal de burila", remitida desde Buga por don Francisco Varela, quien había hecho observaciones con algunos niños que habían quedado completamente sanos. "El modo de aplicarla es hacer un taleguito, llenarlo de esta sal, y atarlo a la garganta por algún tiempo, cuidando de renovarlo de cuando en cuando. También se debe tomar un poco en la boca, y pasar alguna saliva cargada de esta sal".



En 1822 se preconizó en el "Correo de la Ciudad de Bogotá", la ceniza de esponja, administrada bajo la forma farmacéutica de caramelo como el específico que merecía mayor confianza. Poco después se recomendó el uso del aceite de sal y de la sal de Antioquia, asegurando se conseguían con ellos mejores resultados que con la esponja. (Esta sal o Sal de Guaca es rica en yodo). Los individuos de la expedición científica francesa que, encabezada por Boussingault y Roulin, llegó a Bogotá en 1823, se preocuparon en diversos estudios científicos por analizar las causas y curación del coto. Boussingault escribió una "Memoria sobre las salinas yodíferas de los Andes" y, posteriormente, un "Estudio sobre las causas del Coto en las cordilleras de la Nueva Granada". En este último escribe lo siguiente: "Al viajar por la Nueva Granada sorprende por cierto el encontrar tanto número de cotos o paperas de que padecen los habitantes de muchas provincias". Observa que el coto es propio de los lugares situados a mucha altura, o dominados por montañas elevadas y que esta enfermedad deja de ser endémica en los lugares situados en la llanura y a mucha distancia de las cordilleras. Dice que "es probable que el agua que no contiene suficiente cantidad de aire atmosférico en disolución, es capaz de acarrear estos cotos a los que la usan continuamente". Y por último estampa estos conceptos de singular clarividencia, que apenas ahora, ciento treinta años después van camino de ser una realidad: "Estoy seguro de que el coto desaparecerá de la Nueva Granada si las autoridades tomaran medidas para establecer en cada cabecera de cantón en donde el coto es endémico, depósitos de sales yodíferas en los que los habitantes pudieran surtirse de la sal necesaria a su consumo".

Fue el doctor Miguel Ibáñez quien, años más tarde, en 1836, introdujo la terapéutica por el yodo en las afecciones del cuerpo tiroides, no sin haber sostenido antes resonantes discusiones con los demás médicos de la capital.

H. R. Q.

Cualquiera que esté animado de los sentimientos que hacen el carácter distintivo de un filósofo verdadero, no puede mirar con indiferencia la salud de sus semejantes. ¡Qué satisfacción tan lisonjera sería la mía si pudiera contribuir con mis luces a la indagación y remedio de una enfermedad monstruosa que aflige y amenaza a la mayor parte de los habitantes de este Reino! El celo por un país, en que he fijado mi domicilio, y a quien miro con amor verdaderamente patriótico, me empeñan a presentar en su obsequio, aunque lleno de desconfianza, este ensayo superfi-



cial de mis conocimientos; ¡feliz de mí si acierto una vez a merecer su confianza y proveerle un auxilio seguro y eficaz contra una enfermedad endémica y aflictiva!

Trato de investigar la causa y curar la enfermedad llamada COTO. Esta es una de aquellas que no sólo desarreglan las principales funciones necesarias para la vida; sino que alterando la estructura de la garganta, pervierte la proporción de la más bella fisonomía. Este tumor situado en las glándulas del cuello, impide la libre circulación de las arterias y venas yugulares y se opone al retorno de la sangre que vuelve de la entraña del cerebro. ¡Qué efecto tan pernicioso no producirá en una viscera cuyos vasos tienen un débil resorte por faltarles una túnica de que gozan los demás! ¡Qué congestiones no deberán formarse en las extremidades de los vasos, embarazando el movimiento vertiginoso de la sangre por la presión que hace el tumor en el cuello y por la débil acción sistáltica de los cuerpos cilíndricos! A proporción que el volumen del tumor aumenta, se gradúa la compresión, se dificulta el curso de los líquidos y amenazan más de cerca los accidentes referidos. De aquí la apoplejia por la ruptura, estagnación, anastomización e infiltración de los líquidos. De aquí la hemiplejia por la distención, y atonía del sólido tubulado y la intercepción del fluido nerveo, cuyo influxo se halla impedido por la obliteración y compresión; y de aquí la epilejia producida tal vez por la oscilación irregular y violenta de los estambres nervosos cerca de su origen, por la congestión de los líquidos y por la compresión de los lóbulos cerebrales. No solo se limita la presión de la garganta a invertir las funciones del cerebro, sino que se extienden sus perniciosos efectos a desordenar los de otras vísceras no menos principales para la vida del hombre. El pulmón, cuya sustancia moie esponjosa y vesicular no se halla en estado de sufrir distenciones violentas padece por el COTO. La presión que éste hace sobre la áspera arteria la obliga a disminuir su calibre y embaraza el libre tránsito del ayre. La extremidad de la tráquea aminora su diámetro, y la glotis se extiende más allá de sus labios. ¡Qué dificultad para inspirar el fluido que nos vivifica, y qué diástole tan violenta no deberán sufrir los bronchios del liviano! A medida que el pulmón se dilata su sistole se aumenta. ¡Qué explosión, pues, deberá ser la del ayre expirado en consecuencia del diástole excesivo! es imponderable la serie de enfermedades que de esto pueden seguirse.



La disfenea, la ortofynea, la asma húmeda por la atonía de los folículos mucosos, que proveen una excreción abundante de la materia que contienen. La hemoptoe por la ex-tragnación, ruptura y anastomosis de la sangre contenida en sus débiles vasos. En suma, las funciones de esta viscera se pervierten pasmosamente y tanto ella como el cerebro padecen por el consentimiento y movimiento isócrono de esta entraña con las meninges. El diafragma no está exento de los perniciosos efectos que causa el COTO; por la irregularidad de la elevación y depresión de esta membrana tan principal, sufre aunque no en todo sentido, iguales alteraciones que el pulmón.

Ni el ventrículo se exime del nocivo influxo que atrahe el embarazo del cuello. La irradiación de los espíritus vitales que lo energizan para su contracción y dilatación puede disminuirse o interceptarse y de aquí, ¿qué alteraciones no deberá sufrir este laboratorio? En una palabra los vasos de todos los géneros padecerán inmutaciones por su contingüidad, por su simpatía y por su consentimiento. Haría un largo detalle de las afecciones morbosas, que la presión del cuello puede producir si no fuera esto exceder los límites de una disertación episódica.

Los COTOS llamados así en español (también tiene el nombre de papo) struma en el idioma latino, la goitre o goetre en francés, gozza en Italia, bron-kokili en griego; que todo quiere decir gruesa garganta o hernia en la áspera arteria. Por la analogía y semejanza de esta enfermedad la han dividido en tres especies a saber: **Ateroma**, **Esteatoma**, y **Melliserides**, por la materia contenida en sus respectivos quistes; es decir, por la analogía de la materia de los primeros con los puches, de los segundos con la sustancia sebosa, y de los terceros con la miel. Esta división aunque deducida de la materia enhystada no debe hacer una distinción esencial, ni variar notablemente su tratamiento. Los COTOS se ven con frecuencia en muchos países de la Europa; en unos es endémico y en otros es una enfermedad esporádica. Los habitantes del pico de Derby en la Gran Bretaña tienen grandes COTOS; los habitantes de los Alpes son atacados de esta enfermedad; y en la Saboya hay muchos que la padecen. No es pues peculiar de América esta afección morbosa; si bien en este Reino es bien graduada su endemicidad. Yo estoy muy lejos de imaginar que esta enfermedad sea nueva en Santafé y es seguro que en todos los tiempos ha afligido a sus habitantes. La observación de que ahora hay muchos no prueba su novedad, y únicamente



arguye de que se han aumentado porque se han multiplicado sus individuos. El vulgo siempre preocupado ha querido fixarle una época muy cercana, y se ha adelantado su error hasta reputarla por contagiosa. No creo que esta prevención contemptible merezca una seria refutación. La experiencia que llama en su auxilio es una prueba muy débil para que pueda ocuparnos; él no se halla en estado de hacer experiencias sino falaces y sólo a los grandes genios se reserva combinar y atender a las menores circunstancias que influyen, para poder hacer una observación exacta y deducir un hecho contextado por la experiencia. No hay ni aun apariencias que esta enfermedad sea contagiosa; ni su naturaleza, ni su causa proveen indicios para reducirla a las contagiosas de cuyo número después de reflexiones muy juiciosas se han separado algunas. Los que han tratado de esta enfermedad la han atribuido a las aguas que tienen su origen en los hielos derretidos y aunque parece que en los países donde abundan en Europa apoyan esta opinión; yo no puedo persuadirme que una agua la más pura y homogénea y que por su fluidez es capaz de liquidar los humores y hacerles un vehículo el más propio, pueda causar ingurgitaciones que son el producto de humores poco flexibles y coagulados, y aunque la acción del río pudiera a pesar de todo esto producirlos es inconceptible que después de una rota dilatada permanezca su acción con tanta fuerza.

Los habitantes de la Noruega en el invierno hacen su bebida ordinaria del hielo líquido y ninguno padece esta enfermedad. Otros han pretendido que las partículas minerales de que se hallan saturadas las aguas son la causa de estos infartos; ellos persuaden su sentimiento reflexionando que los que habitan tierras minerales los padecen, como son los habitantes de Mariquita y los que usan las aguas del río Gualí. Esta opinión parece más razonable aunque creo que no obra sino remotamente. Yo respeto mucho a los literatos y no es mi ánimo impugnar ni aun al descuido a unos hombres cuyas obras harán época en la historia de la medicina; pero como es lícito a cualquiera abundar en su sentido, me tomo la libertad de exponer mi opinión: bien que sujeto al dictamen de los sabios a cuya autoridad defiero ciegamente.

Los COTOS son el infarto de las glándulas colares, tiroides, y la ingurgitación de los vasos linfáticos situados en el cuello. Todo lo que puede inspirar la linfa es su causa remota. Todo lo que la coagule e impida su circulación es actualmente su causa próxima. Estos principios que aparecen apoyados en la natura-



ieza de la enfermedad y en la calidad del líquido que la produce se comprobarán con pruebas eficaces fundadas en la economía de los cuerpos afectados en la sustancia de la linfa y en la calidad táctil del aire que nos cerca. La linfa es un humor moderadamente fluido, homogéneo, gelatinoso y albuminoso, que se separa de la masa de la sangre y que está contenido en vasos particulares. Del análisis químico del doctor Keyl ha resultado que contiene mucha sal volátil, algún poco de flema y azufre y una pequeña cantidad de tierra. Parece demostrado que la linfa sirve principalmente para diluir y perfeccionar el quilo, antes de mezclarse con la masa de la sangre, supuesto que de todas las partes del cuerpo viene a parar a la cisterna quilosa o receptáculo de Pecquete. Todos los médicos convienen que toda la linfa que se separa de la sangre es necesaria para este efecto. Las glándulas linfáticas colocadas en todo el cuerpo separan este líquido del torrente sanguíneo; de esto sirven las cervicales, torácicas, estomáticas y mesentéricas. Los vasos linfáticos que son ciertos tubos muy delgados en cuyo calibre y de trecho en trecho se hallan situadas válvulas semilunares, están destinados para transportarla al receptáculo del quilo. Este humor según los fisiologistas modernos es el único que puede reparar nuestras pérdidas diarias por su naturaleza homogénea, gelatinosa y el único que puede adquirir la solidez de los huesos, la firmeza de los tendones y la consistencia de los cartílagos.

El movimiento progresivo de la linfa es el producto de la acción sistáltica y oscilativa de sus vasos. No estando dotado de un movimiento vertiginoso y rápido como el de la sangre, está sujeta a muchas congestiones aun por la disminución más insensible de sus resortes. Este líquido, que hace su ruta por los vasos albos de su género, se encamina a la cisterna del quilo. En este sitio puede recibir las alteraciones más notables y adquirir en principio de insipididad y acrimonia. Los alimentos pastosos, salados, picantes en especial, los saturados de pimienta y ají, los licores más fermentados y las aguas minero-arsenicales proveen un líquido poco dulce, balsámico, y nutritivo como debe ser de su naturaleza, y lo impregnan de moléculas estimulantes, tenaces y sulfúreas. La acción del ventrículo y el duodeno desenvuelven esta especie de corpúsculos.

El quilo mal elaborado y acrimonioso pasa por los vasos lácteos a incorporarse con el fluido linfático. Aquí es donde ella se satura de muchos cuerpos extraños y heterogéneos capaces de de-



pravaria. Su consistencia gelatinosa es susceptible de la adhesión de cuerpos que por su figura pueden penetrarla y concentrarse con ella. De aquí y de las partes superiores incorporada con el quilo hace su ruta por el ducto torácico y se encamina al corazón siguiendo su marcha hasta escaparse del fluido roxo por las extremidades capilares y por la acción secretoria de sus glándulas. Estos filtros y colatorios dotados por el fermento de que están errorados o lo que es más cierto, por su textura y configuración de la facultad peculiar de separar, purificar, y por asimilar este humor, se encuentran obstruidos de cuerpos extraños de que la purifican. Como su acción es débil y su textura fácil a que los líquidos espesos se estanquen en los ángulos de sus inserciones, resulta naturalmente que obturándose muchos conductos y oponiéndose al libre curso del fluido albuminoso se formen infartos los más monstruosos. Esta sola causa basta para detener este líquido en los vasos de su secreción. Los anatómicos notan con mucha frecuencia iguales depósitos o tubérculos formados en las glándulas conglobadas del pulmón.

La figura de las glándulas y la inspitud de la linfa son las causas proegümenas internas de los cotos. Todo esto dispone a la estagnación y tumefacción. El ayre, este fluido sutilísimo que nos cerca, en que estamos sumergidos y que nos vivifica es la causa inmediata de ellos. Ningún filósofo se admirará de esta proposición: todos saben el influxo poderoso que exerce sobre nuestra máquina, sobre nuestros humores y sobre nuestra conservación. El ayre al decir de un autor es el duende de la naturaleza, y produce extraños fenómenos que rara vez se le atribuyen; él puede dilatar el curso de la vida humana y acortarlo; él produce la fiebre y tal vez de él, únicamente, dependen todas ellas; él es el vehículo de las mófetas, de los contagios, y el globo aerostático en que la muerte parece transportar las potencias que son capaces de destruir la economía del hombre.

Todos los físicos han reconocido la fuerza tónica de que está dotado el ayre por su frialdad, y aseguran que el frío posee en la mayor graduación la potencia de crispar y contraer las fibras que forman los sólidos del cuerpo humano. Convienen en la virtud de condensar los líquidos hasta un cierto grado, aseguran que las moléculas frigoríferas disminuyen el movimiento del intestino y de colición en los fluidos, los conducen a la solidez y a la recíproca coadhesión de sus glóbulos. Los prácticos también han reconocido los efectos del contacto del ayre frío. Las



anginas tonsilares son producidas según ellos, por él, pues atacando el cimientto de los folículos mucosos que forman las amígdalas obligan a este humor a depositarse y condensarse en ellas. Las escrófulas se producen con frecuencia por el contacto del ayre frío que tiene el cuello desnudo de los niños.

Los depósitos lácteos en las glándulas conglomeradas que constituyen las mamas son el resultado del ayre frío que ataca inopinadamente el seno. No se puede dudar que el ayre produzca estos fenómenos. Todos los físicos contextan esta verdad y no se necesitan ojos muy lince para conocerla. La gangrena seca observada tantas veces en los países boreales prueba invenciblemente su acción poderosa sobre los filamentos del tejido reticular y demás compage nervioso: los vasos pierden insensiblemente su oscilación hasta que las partes caen en la mortificación y el esfacelo. Yo estoy altamente persuadido que el contacto del aire frío endurece los órganos glandulosos y las tunicas de los tubos linfáticos, y de esto se sigue, primero, que su diámetro se disminuye considerablemente; segundo, que el calibre de los tubos se estrecha y alguna vez se oblitera. De esto resulta la ingurgitación del líquido contenido, que no puede hacer un movimiento retrógrado por las válvulas que se lo impiden. Esta disminución de diámetro y estancación hacen un obstáculo invencible para la demás cantidad de líquido que aborda. El vaso endurecido y crispado, no oscila sino débilmente, y la acumulación del humor se hace con rapidez y en breve tiempo aparece un tumor monstruoso. La acumulación diaria de la materia y su volumen obligan a la fibra a distenderse y a perder considerablemente su elasterio, y éste es un nuevo obstáculo que detiene la linfa, que la inspira y la hace impermeable por sus ductos.

Yo creo apoyar mi opinión, que debe ser la de todo físico, con una reflexión muy sensible. Las mujeres son atacadas de esta incomodidad más que los hombres: esto parece que debe atribuirse primero a que su sistema es más susceptible de impresión del frío por su irritabilidad, sensibilidad y movilidad. Segundo, que ellas sufren más inmediatamente el contacto físico del ayre por traer la garganta y pecho descubiertos. Esta observación debe hacerlas muy circunspectas para no presentarse con tanta libertad en tiempo que se varía la atmósfera y se enfrigera el ambiente.



La atmósfera de Santafé es muy inconstante, y la fluidez y frialdad de su ayre, extrema; como su población es considerable y muchos sus habitantes, su ayre atmosférico se calienta respectivamente por la respiración y los juegos que en ella se encienden; en este estado los cuerpos se disponen a la evaporación y los sólidos se relaxan algún tanto. Los altos montes que la respaldan son una causa física de su movilidad e inconstancia. Los vientos que se desencadenan por el dorso de la cordillera, hallando una barrera que impide su libre curso, se ven obligados a chocar en su ángulo vertical y elevarse excesivamente: de este choque y elevación resulta que este ayre se despoja de las aguas y otros cuerpos heterogéneos hacia aquella parte, se enfrigeran y se hace notablemente fluido y frío. Este viento, habiéndose purificado, descenderá de su altura para continuar su ruta hasta la parte opuesta. Se presenta entonces muy frío y a medida que desciende al valie, vuelve a tomar poco a poco su calor y densidad que le devolverán su primera fuerza aspirante. Será entonces un monstruo ávido, absorberá todo lo que hallare evaporable, hasta estar perfectamente saturado; será pues seco y desecante, luego que hubiere usperado. Véase aquí la razón que hace tan variable la atmósfera de Santafé. Y ¿qué diversas variaciones no experimentarán los cuerpos por estas variaciones? Esto es bastante para impedir la respiración, endurecer, beretizar y crispar las fibras, estancar los líquidos y procurar su condensación.

La garganta con preferencia a las demás partes debe tolerar estas ingurgitaciones linfáticas y sentir los efectos del ayre frío. La mayor extensión de estos vasos los sujetan a estas afecciones. La feblidad, blandura y ductilidad de sus filamentos es extrema. Su superficie interior está tapizada de la membrana mucosa y pobiada de muchos folículos de esta materia que se extienden hasta el vello palatino. En su interior de su cuerpo está llena de glándulas y ductos salivales que son otras tantas fuentes que contienen en abundancia un licor puro arterial que constituye la saliva. Este líquido posee en un grado superior la fuerza de ablandar, resolver y penetrar las sustancias; su naturaleza lixivial y abonosa puede detexturar, lubricar y hacer sumamente flexibles los cuerpos más enérgicos y tenaces.

Ahora irrorados los vasos guturales un un tumor tan penetrativo y emoliente, ¿qué flexibles, qué blandos y qué capaces no serán de ser atados por la potencia tónica, crispante y contrac-



tiva de la acción del frío? Aunque el vicio de inspitud en la linfa sea una causa dispositiva para los COTOS yo estos muy lejos de persuadirme que la presencia de él arguya siempre un vicio en todo el torrente linfático. El virus escrofuloso, sífítico e impetiginoso, como también la mezcla de otros cuerpos extraños pueden enmascararla y disponerla para los infartos; pero un hombre sano y de una linfa dulce, homogénea y fluxible puede padecerlos. el vicio es muchas veces local y la potencia coagulante obra tópicamente.

Permítaseme ahora aventurar algunas conjeturas sobre los tres diferentes arriba establecidos. Yo creo que los ateromas no son otra cosa que la linfa despojada de mucha parte del serum evaporado, infiltrado o exprimido. Los esteatomas cuya sustancia es análoga al sebo, no es otra cosa que la combinación del aceite de que abunda la linfa y otros humores que pueden proveerlos. Con su sal fixa y una especie de sal lixivial de su suero. El movimiento del cuerpo que contiene estas materias y el calor hacen una especie de xabón y esta se la sustancia del esteatoma. Los mellisérides se forman cuando el serum de la linfa es abundante; sus sales precipitan el albumen y lo funden, y de la detexturación de éste y de la abundancia del serum que sirve de vehículo forman una sustancia melliforme.

Como mi sistema se establece y deduce de las circunstancias topográficas de Santafé, no me veo en la obligación de absolver la cuestión siguiente: ¿por qué en la tierra caliente hay tantos cotos? Yo ilustraré esta cuestión cuando me ciña a dar razón de la causa general de los cotos en todo el Reino, quiero no obstante satisfacer de paso a esta objeción. Todos los físicos distinguen el frío absoluto del relativo. el primero consiste en la privación total del calor, y así un cuerpo que no contiene alguna partícula de fuego. que es la causa del calor. o que no la contiene sino en un reposo perfecto, es frío absolutamente; el segundo consiste en una disminución sensible de calor, o cuando las moléculas ínfimas pierden alguna cosa de su movimiento. Respecto del cuerpo humano hay un frío relativo que depende de las circunstancias del lugar, del grado de movimiento y de quietud en que se halla. Esta es la razón por qué algunos cuerpos parecen ya fríos. ya calientes. Ahora es indubitable que el frío relativo es igualmente sensible con respecto en las tierras frías y las calientes: deduciremos pues que en Mariquita podrá producir este frío relativo



ios COTOS como produce otras enfermedades de inopinada infrigeración.

Es de observación constante que en los lugares situados en la base de los altos montes se padece los COTOS; esto parece vencer el influxo del ayre para producir estos tumores, pues semejante población está sujeta a repentinas variaciones, ya de frío, ya de calor.

Me resta solamente resolver esta cuestión: ¿por qué las monjas teniendo tan cubierto el cuello están sujetas a esta enfermedad? El ayre ambiente de los conventos es más frío que el libre. La privación del influxo de los rayos del sol y las sombras de estas grandes casas son una causa física de su mayor infrigeración. Esto debe graduar considerablemente el efecto del frío sobre los órganos glandulares y producirlo aun a pesar del moderado abrigo. Mas cómo es posible que por las noches en que el ayre se infrigera demasíadamente, y en otras horas se quitan lo que las defiende, esto la expone para que el frío aumentado por tantos respectos las hiera con una más vehemencia. Su vida quieta y sedentaria constituyen los líquidos en su lentor muy graduado y la inacción pone los sólidos en un estado de inercia, ¿en qué disposición, pues, no las constituye para que el menor grado de frío las ataque?

Creo haber persuadido el origen y causa del COTO. Yo no me disonjeo de haberme fundado en reflexiones tan luminosas que hagan incontestable la materia, pero creo sin embargo que mis conjeturas son muy verosímiles y que están apoyadas en una física y mecanismo recibidos por los más ilustres filósofos y sabios fisiologistas.

Muy poca ventajas sacaría el público de la teoría con que he explicado la causa de los COTOS, si mi trabajo se limitara a esto, y no se proveyera un remedio que pudiera curar una enfermedad tan cruei. Yo le descubriré un auxilio que las experiencias físicas y los sucesos más felices han acreditado su eficacia. El no me será deudor sino del amor y el celo que se lo presento y de la aplicación que he hecho para esta enfermedad.

Las indicaciones curativas que se deben cumplir son: 1) Disolver y restituir por decirlo así su libertad a la linfa coagulada; 2) Procurar la reabsorción por sus vasos; 3) Restablecer la elasticidad y tono en los sólidos. Estas indicaciones se satisfacen exactamente con el gran disolvente de Mr. Levret. Este fundente tiene por base la sal fixa de tártaro y por vehículo la agua llu-



via destilada. Este remedio es un licor potable tan limpio como la agua más bella, no tiene olor y su sabor es muy soportable.

Mr. Levret, tan conocido por sus obras marcadas con el sello de la inmortalidad, leyó una memoria excelente en la Academia Real de Cirugía en 1744. En ella demuestra por las observaciones más bien contextadas y por una multitud de experiencias físicas, hechas con la mayor exactitud, la fuerza disolvente de su licor. Pretende y lo persuade que obra inmediatamente sobre las sustancias albuminosa y gelatinosa de la linfa que sin pervertir su naturaleza la atenúa, líquida y hace circulante, que él no ataca más que a estos xugos, pues que no funde la película lúcida que envuelve inmediatamente la clara de huevo, que él da resorte a las partes sólidas, supuesto que endurece los ligamentos que son de este género. Estas consecuencias las deduce de los fenómenos que observó en un huevo sujeto a la acción del disolvente. Las experiencias físicas hechas sobre los huevos crudos y cocidos, sobre el coagulum de la leche, sobre el queso, sobre la costra coreácea o pleurítica, sobre los lobanillos y escrófulas, y otros tumores, y sobre la linfa proveen los fundamentos más sólidos para convencernos de la virtud atribuida. Este cirujano hábil y circunspecto, poco satisfecho del suceso feliz de sus experiencias sobre las diversas sustancias en que lo había empleado quiso experimentarlo sobre verdaderos tumores cancerosos quienes según las experiencias hechas por los M. Ms de la Peiroine, Petit, Quesnay, Bouquot, Faxit, y Dufonart, resultan ser una concreción de xugos.

En parte albuminosos y en parte gelatinosos. En efecto, en presencia de los M. Ms. de la Peiroine Petit, Quesnay, Bouquot, Faxit y Dufonart, todos miembros de la Academia, hizo la perfecta disolución de tres tumores cuyo efecto correspondió en todo a lo obrado sobre las materias expresadas, sin perjudicar a las partes sólidas, que estos xugos albuminosos habían afectado y distendido. Después de estos sucesos no ha dudado Mr. Levret que este medicamento es el más poderoso de todos los resolutivos que hay en la naturaleza para los tumores linfáticos y lechosos, siendo pues incontestable por los principios establecidos que los COTOS se reducen a las concreciones de esta especie y que su naturaleza es muy análoga a la que produce los xugos albuminosos y gelatinosos, se deducen naturalmente las ventajas que se deben esperar de la aplicación y uso de este remedio disolvente.

Yo quiero pasar del remedio a la curación detallada. Los enfermos que se hallaren invadidos de algunos de los virus venéreos,



escrofuloso, herpético y escorbútico, deberán corregir estos vicios con los remedios convenientes de estas afecciones. Los caquecticos y mal aparatados deberán evacuarse con los purgantes capaces de corregir el humor que domina el grado de acrimonia, como también recurrir a los confortantes que ataque la atonía de los géneros. En una palabra la idesineración o circunstancias ocultas que impiden el efecto del remedio, se deben procurar vencer.

No es de mi encargo entrar en todo el detalle de las circunstancias y de los obstáculos que deben removerse para lograr la curación: trato de lo que puede establecerse hablando generalmente en cuerpos médicamente sanos y bien complexionados.

Los enfermos deben mantenerse a un régimen de convalecencia, evitar los picantes, grasas, salados y pastosos las frutas mal sazonadas, y los licores mal fermentados, el abuso de los espíritus y el beber estando acalorados. El uso moderado del vino no les perjudica; las carnes tiernas de animales, granos y vegetales potágeres mezclados en cantidad a las carnes proveen un quilo dulce y balsámico. El ejercicio oportuno y frecuente les favorece, la agua llovediza o la de fuente corregida con la decocción de raíz de cálamo aromático o mezclada con aguardiente o vinagre y en iguales partes puede hacer una bebida apropiada. No obstante todos deben usar de lo siguiente: tómense treinta onzas de agua de lluvia destilada y de sal fixa de tártaro 24 gramos, mézclese.

Todos generalmente deben purgarse con los catárticos que poseen la actividad de liquidar y fundir los humores lentorosos y descargar el acopio de materias de las partes superiores. Los robustos obesos, sedentarios y que se alimentan opíparamente deben purgarse con los polvos cornaquininos o de tribus desde una hasta dos escrúpulos. Estos estimulan el sólido, purgan sin estrépito y según Baglivi tienen acción sobre la cabeza. Las mujeres que padecen amenorrea o supresión del menstuo, deberán purgarse con media onza de cremor de tártaro disuelto en un caldo y tomarlo muy caliente; ésta es una precaución muy indispensable sin la cual el cremor de tártaro se revivifica, la mayor parte los enfermos evacuan muy poco. Las que no puedan tomar lo que está extremadamente caliente, podrán purgarse con 1½ onzas de maná añadiendo 1 dragma de sal neutra como el árcano duplicado, sal admirable de Gloubera, o 2 del vitriolo de magnesia. Estos cuyos colores son pálidos y cuyas vísceras proveen indicios de obstrucción harán su bebida ordinaria de una pinta de agua des-



tilada de parietaria a la cual se añadirán 12 gramos de sal fixa de tártaro y una onza del xarax de las 5 raíces aperitivas. Las personas débiles y gráciles se purgarán cada mes en lugar que las robustas y repletas lo deberán hacer con más frecuencia.

Todos en el tiempo de la curación tomarán 5 cucharadas, una cada dos horas, de la poción siguiente: oximiel seilitico, una onza; antimonio diaforético sin lavar, recién preparado, una dragma; y cinco onzas de infusión fuerte de flor de saúco. Esta preparación excita todas las secreciones y promueve la expectoración que parece bien indicada.

El tópico disolvente de que hemos hablado consiste en la siguiente preparación: tómese una pinta o 30 onzas de agua de lluvia, destilada y disuélvase en ella media onza de sal fixa de tártaro. Esta preparación tan sencilla está dotada de una potencia disolvente incomparable, se usará de este modo: empáquese una compresa doble en este licor caliente, aplíquese al tumor y cúbrase con un tafetán encerado para mantenerla en un calor suficiente; repítase esta operación muchas veces y báñese si se quiere el cuello entumecido con este líquido en un grado de calor bastante. La precaución de hacer la aplicación del tópico con un calor moderado es muy interesante, pues de este modo se anima su acción y procura el con mayor eficacia la disolución de los humores estancados, su reabsorción y movimiento circulatorio. Por la noche se cuidará de cubrir el coto con el emplasto de Useremberg recientemente preparado; o con el diabótano o si se quiere con el siguiente: tómese de láudano de Bolio, galvano, goma, amoniaco, liga o cera blanda de abejas y trementina de cada cosa una onza. agítese y mézclese todo junto.

El licor disolvente de mister Levret posee la facultad de disolver en todo sentido y él puede procurar la disolución. He creído sin embargo indicar los últimos remedios no por creerlos necesarios, sino por ayudar a la más pronta resolución. por defender el cuello de la impresión del frío y porque no pudiéndose por la noche usar del disolvente, puedan las materias agitarse con la acción de estos emplastos, que son excelentes y prepararlos para que el disolvente pueda ejercer su virtud con más facilidad sobre ellas.

Antes de usar el licor limpiarán cuidadosamente la garganta de la substancia que queda después de la aplicación de los em-



plastos, de este modo se prepara todo lo que ha obturado los poros para que el tópico no halle obstáculo, pueda introducirse y hacer su operación.

Los pobres que no puedan comprar la sal de tártaro podrán suplirla con la lejía de los sarmientos, o retama. Podrán usar con suceso el remedio siguiente: hágase un taleguito de una tela rala, humedézcase y llénese de las cenizas de los Sarmientos o de la retama, aplíquese un calor sufrible al cuello; repetirán esta operación todos los días.

El deseo que me asiste de facilitar a mis compatriotas y hacer algún uso de mis escasas luces en favor del público me han empeñado en establecer la teoría de esta enfermedad, deducida de la más sana física, de la práctica de la medicina, de las circunstancias topográficas de Santafé y de la combinación de las ideas que me han suscitado los fenómenos que se observan en los cotos. Si el público se agradare de esta miserable producción, viviré en el reconocimiento de que es un puro afecto de su condescendencia.

**Vicente Gil de Tejada**